

CATALINA DE ERAUZO

La monja alférez

Por ANGEL DOTOR



IFICILMENTE podría encontrarse en la hispana historia un caso parigual al de esta heroína y aventurera. Con razón se ha dicho que no ha existido ninguna otra «mujer-hombre» más próxima al hombre que ella, y que al sentirse varón y hablar como tal, su silueta difiere de tantas otras estériles, y por lo mismo infecundas, de las mujeres-viragos, ya que en ella todo fue esencia de fecundidad en expresar, obrar y sentir.

Catalina de Erauzo nació en San Sebastián el año 1592. Hija del capitán Miguel de Erauzo y de su esposa, María Pérez-Galarraga, fue llevada siendo todavía niña a un convento de Dominicas del que era priora sor Ursula, prima de su madre, para seguir el estado religioso. Mas no tardó Catalina en manifestar un espíritu rebelde e inquieto, opuesto a la placidez y mansedumbre conventuales. Tenía sólo quince años cuando, durante un solemne acto religioso, cometió la travesura de pinchar a una compañera, la cual lanzó un estremecedor chillido, por lo que la culpable fue regañada y castigada. Mas Catalina, lejos de reconocer justa la afrenta y proponerse seguir una ejemplar conducta, enfurecióse y acabó por rebelarse contra la idea de permanecer en el convento. El 18 de mayo de 1607, tras recortarse los cabellos, salió furtivamente de su celda de novicia y aprovechando que toda la comunidad se hallaba en el templo rezando el ángelus, atravesó sigilosamente el claustro y, tras descorrer el fuerte cerrojo de la puerta principal, abandonó el edificio.

Comienza entonces para la joven una fase rica en episodios y aventuras, riesgos y peligros, trances y arrestos que duraría más de seis lustros, cuya pormenorizada relación requeriría considerable espacio, del que aquí carecemos, por lo cual hemos de ofrecer una visión muy sucinta de los mismos. A este respecto, anticipémonos a decir que muchos

de los libros y otros trabajos literarios inspirados por la singularidad de su vida, lejos de circunscribirla a los hechos comprobados, adolecen de invenciones y anacronismos.

Tras su huida del convento, Catalina permaneció durante algunos días por los alrededores de la ciudad, hasta que decidió vestirse de hombre, por lo que adquirió traje y calzado en una tienducha de las afueras. Tornó al campo y, oculta tras un añoso roble, realizó su transformación indumentaria, mediante la cual aparecía como un mancebo arrogante, de rostro lampiño y grandes ojos sombreados, que, con el hatillo al brazo, echó camino adelante. Antes de abandonar su ciudad natal fue a la iglesia a cuyos cultos acudía habitualmente la familia, y atisbando furtivamente desde el entornado portón vio que estaban allí orando su madre y su hermana. Después emprendió el camino de Victoria, trasladándose desde allí a otros lugares, entre ellos Valladolid, donde, con el nombre de Francisco de Loyola, fue paje de don Juan de Idiáquez. Tornó a Guipúzcoa, y en el puerto de Pasajes enrolóse como grumete del galeón *Santa Catalina*, perteneciente a la flota del almirante don Luis Fajardo, pronta a emprender la ruta del mar Océano. El capitán de la nave, don Esteban de Eguña, era precisamente primo de su madre, lo cual supo Catalina al preguntarle aquél, enterado de que el muchacho era donostiarra, por la familia Erauzo, mencionando incluso a su sobrina «la Monja», bien lejos de sospechar que la tenía ante sí en aquél que parecía picaro y desenvuelto mancebo. A los pocos días de navegación topóse la armada española con una formación holandesa, entablándose en seguida el combate, ocasión que sirvió para que Catalina pusiera de manifiesto su ejemplar denuedo. Al verse la nave abordada por los enemigos, nuestra heroína tomó un caldero en la mano y roció de pez ardiente a los que subían a la alta borda, tras lo cual, con rodela y espada y después con un arcabuz, contribuyó a la derrota holandesa. Aquel comportamiento movió al capitán a felicitarla, disponiendo pasase a su servicio; pero al desembarcar en América dejó el buque, desertando del servicio de su tío, ansiosa de libertad y aventuras.

Tan numerosas fueron éstas, en su mayor parte al servicio de la patria, que solicitó y obtuvo la remuneración de alférez. Luego entró al servicio del comerciante Juan de Urquiza, con quien pasó de Panamá al Perú, salvándose ambos milagrosamente de un naufragio. Aquél encargóse remitiese desde Paíta a Saña unas mercaderías que tenía en el primero de dichos puertos, y tan bien cumplió Catalina su cometido, que Urquiza decidió abrir una tienda en Saña, al frente de la cual quedó nuestra heroína. Hallándose presenciando una representación teatral, entablóse un altercado entre ella y un tal Reyes, sujeto obeso e

ineducado, a quien Catalina hubo de dar un empujón y amenazar con el acero, así como, poco después, castigar sus insultos, para lo cual buscó, hallándole en compañía de un amigo. Hubo de hacer frente a los dos, quedando ambos heridos, hecho que obligóla a cerrar el establecimiento y huir sobre veloz corcel, temerosa de ser perseguida. Llegó a Trujillo y presentóse a Urquiza, allí radicado, refiriéndole cuanto le había ocurrido en Saña, que mereció la aquiescencia del jefe. Mas no tardaron Reyes y su amigo en seguirle la pista, a fin de vengarse de la afrenta. En cuanto Catalina los vio dirigióse a ellos y, desenvainados los aceros, «daba a un tiempo juego a los dos enemigos; ora amagaba a uno con un fondo, ora sabía parar en séptima —la mano junto al ojo— una estocada a la frente». El encuentro fue breve, pues la femenina ligereza de la joven triunfó del mastodónico oponente, que resultó nuevamente herido, pudiendo así aquélla atacar al amigo del fanfarrón, a quien, en un esguince instantáneo, hundióle la espada, atravesándole de parte a parte, sin que pudiera la víctima ni aun implorar la protección de la Madre Divina.

El corregidor de Trujillo, Ordoño de Aguirre, al saber que aquél que parecía valiente mozo era vasco como él, le indicó sigilosamente, cuando era conducido a prisión, que diera un salto al pasar por la iglesia y penetrase en ella, acogiéndose así a sagrado, quedando libre de persecuciones. Con la ayuda de Urquiza, que le adeudaba sus servicios en Saña, pudo Catalina fugarse, marchando a Lima, donde, con el nombre de Alonso Díaz de Rada, de San Sebastián, sentó plaza de soldado en la compañía de don Diego Bravo de Sarabia, que seguidamente parte para Concepción. Apenas llegada, la buscó su propio hermano, el capitán Miguel de Erauzo, quien, como secretario del Gobernador, sabía, por la lista de desembarco, que el recién llegado soldado Díaz de Rada era donostiarra, y concibió el propósito de preguntarle por su familia. Así lo hizo el capitán, inquiriendo noticias incluso de la que era su hermana la monja. Fácilmente se comprende cómo tuvo que salir del aprieto Catalina a fuerza de astucia.

La compañía de Bravo de Sarabia fue destinada a Paicabí, en el valle de Arauco, donde pronto hubo de acudir en auxilio de la ciudad de Valdivia, asaltada por los indios. En la batalla se encontraron los dos hermanos Erauzo, quedando Miguel, el capitán, admirado de la intrepidez del «soldado», que no daba reposo a la mano, llegando, tras sufrir varias heridas, a rescatar la bandera de Castilla que doce araucanos habían arrebatado a los españoles. Lograda la victoria, Catalina es nombrada alférez de la compañía de don Alonso Moreno.

Jugadora y reñidora, por entonces se ve envuelta en disputas y de-

safios. Aquella afición a la tahurería la llevó un día a infundir sospechas de ventajista, por lo cual promovióse un escándalo en el preciso momento en que pasaba frente al garito el propio auditor militar del Ejército, que quiso hacer paz dando la razón a los enemigos de nuestra heroína. Esta protestó, llegándose a esgrimir los aceros, a consecuencia de lo cual cayó herido el juez, que ninguna culpa tenía. Tal desaguisado motivó que huyera Catalina, asilándose en el convento de San Francisco durante seis meses. Un día fue a visitarla don Juan Silva, otro «gran reñidor», que la pide sea testigo de un duelo que tiene aquella misma noche. Y como entonces los testigos combatían a par que los duelistas, dadas las once se encuentra Catalina frente a un desconocido, del que ni el nombre sabe ni puede verle la cara en la oscuridad del contorcio sin luna. Al caer atravesado por su espada supo con quién luchaba, lo cual fué corroborado por el moribundo, que contestando a la pregunta de si quería alguna recomendación, exclamó: «Soy el capitán Miguel de Erauzo». ¡Catalina acababa de matar a su propio hermano!

Para huir de la muerte, como reincidente en desafío, emprende precipitada marcha, hambrienta y casi desnuda. Deja la tierra chilena, con rumbo a Tucumán, a través de la inhóspita cordillera, donde cae desvanecida. Por fortuna, recogieronla los criados de una señora radicada en cercano poblado, donde fue atendida hasta que, ya repuesta, pudo llegar a la ciudad argentina. Allí hospedóse en casa del canónigo don Antonio de Cervantes, cuya sobrina, Rosita, al igual que otras jóvenes tucumanas, se desviven por agrandar al que tienen por bizarro alférez don Alonso Díaz, que sería marido ideal. Tan acosada vióse Catalina, que decidió salir de estampía. Su vida azarosa y aventurera proseguiría en Chuncos, Potosí y La Paz. Los indios huyen aterrados del estampido de su arcabuz, logra escapar del verdugo cuando tenía ya la cuerda al cuello, hiere a un esclavo del Corregidor, por lo cual ha de acogerse a sagrado, y después, al resistir a los corchetes, arma en mano, tiene que acudir el Obispo de Guamanga, fray Agustín Carvajal, para imponer orden. Entonces decidió Catalina confesar al prelado lo singular de su caso, sin lograr que éste creyese era mujer y no hombre. Solamente cuando dos matronas la reconocen y ven que es hembra y «en estado virgen», el buen pastor comprueba existe en ella contrición verdadera y se presta a interceder para que el mundo la perdone igual que él ha hecho en nombre de Dios. La noticia se difundió con prontitud, llegando a Lima, por lo que allí fue considerado el caso de la «monja alférez» como la «octava maravilla del mundo». El arzobispo, don Bartolomé Lobo y Guerrero, acogió a Catalina afablemente e hizo se recluyese en

un convento de Bernardas en tanto recabase noticias de España acerca de los años en que fue educanda dominica, así como para aplacar las persecuciones motivadas por los delitos que había cometido en aquellas tierras, lo cual haría posible obtener la gracia del Virrey y, tal vez, la de Su Majestad Felipe III.

Transcurridos dos años recibieronse en Lima despachos de España, que aseveraban las manifestaciones de Catalina, o sea que no era profesora, por lo que abandonó el convento. Compró ropa varonil y alquiló un buen caballo, emprendiendo la ruta de Colombia, en cuyo puerto de Cartagena de Indias embarcó en el navío *San Telmo*, llegando a Cádiz en noviembre de 1624. Seguidamente marchó a Sevilla y después a Madrid, donde apresuróse a solicitar audiencia del Conde-Duque de Olivares; mas al día siguiente, y encontrándose en su posada, presentaronse unos corchetes que la condujeron presa a la cárcel de Corte. Esto motivó dirigiera nuevo mensaje al omnipotente Privado, pidiéndole su intervención, merced a la cual vióse libre cuando habían transcurrido sólo dos horas.

Así pudo proseguir su existencia aventurera. Marcha a Navarra formando parte del séquito del conde de Javier. Desde allí penetra en Francia y es a poco acusada de espía por un oficial de Luis XIII, que llega a desvalijarla y maltratarla. Merced al conde de Grammont pudo regresar a Madrid cuando comenzaba el estío de 1625. Un día, al llegar a su aposentamiento de la calle del Viento, contigua a la plaza de la Cebada, encuentra un pliego en que el Conde-Duque la comunica que al día siguiente recibiría Felipe IV «al alférez doña Catalina de Erauzo». En la antesala de palacio, mientras llega el momento de la regia audiencia, tiene ocasión Catalina de saludar a varios personajes relevantes que, al igual que ella, aguardaban para hablar con el monarca, entre ellos el marqués de Montesclaros, a quien recordó una entrevista que tuvo con él en el Perú, siendo el marqués Virrey. Felipe IV la recibió con afecto, recibiendo en sus manos el abultado memorial donde Catalina le explicaba sus pretensiones, y tras la regia promesa de que pasaría al Consejo de Indias para ser provisto, le preguntó con interés le diera detalles acerca de sus hazañas en América, que en algunas ocasiones había comentado con el señor Conde-Duque de Olivares. Transcurridos varios meses, concedióle Felipe IV otra audiencia, hallándose el monarca en Barcelona. Había ido nuestra heroína también a Cataluña, cuando en las proximidades de Monserrat vióse asaltada por una cuadrilla de nueve forajidos que le robaron todo cuanto llevaba, hasta el traje, por lo que tuvo que entrar en una casa y pedir prestadas algunas ropas. Llegada a la capital abordó a don Juan de Mendoza, marqués de Montes-

claros, que en una función pública acompañaba al Rey, y le contó su odisea. El marqués la llevó a Felipe IV, quien la recordó en seguida, y acogió con benevolencia otro memorial que, a fin de remediarse circunstancialmente, llevaba Catalina. Al día siguiente se le concedían cuatro raciones de alferez reformado y treinta ducados de ayuda de costa. Como quiera que se captó la protección de Montesclaros, fue destinada, en su categoría, al ejército que entonces embarcaba para Italia, por lo que a poco vióse nuestro alferez en Roma, tras una rápida visita a Génova y Milán.

Pronto hizo amistades Catalina en la ciudad eterna, principalmente entre los artistas, y ello sirvióle para que Urbano VIII, tan decidido protector de los mismos, recibiese a la heroína en audiencia particular. El Pontífice demostró gran interés por escuchar la relación de sus aventuras y dispuso quedase autorizada para vestir el masculino indumento, lo cual hizo abrirse para la «monja alferez» los cenáculos literarios romanos, donde alternaría con vates y pintores, que se disputaban el privilegio de retratarla y escribir sobre ella. Después le sería concedido el título de «ciudadano de honor de la urbe romana».

Regresa a España en 1627, si bien con el propósito de tornar al Nuevo Mundo. Queda en Sevilla durante algún tiempo, mientras se llevan a cabo los preparativos para que zarpe de Cádiz la flota mandada por el general don Miguel de Echezarreta, en la que Catalina ha de embarcar. Fue entonces cuando el famoso maestro Francisco Pacheco, suegro de Velázquez, hizo el retrato de la misma, verdadera obra maestra, plena de inspiración y armonía ejecutiva, acerca de la cual ha dicho un crítico: «Y así se planta ella, el gesto altivo, la fina y larga nariz humillando el labio inferior, abundante; la barbilla ligeramente redondeada apuntada hacia adelante, en ademán de imperio, el entrecejo unido, algo contraídos los párpados, en que brillan los ojos negros, muy fijos. El pelo, negro y lacio, en melena descuidada sobre los hombros. Un alzacuello de hierro levanta el cuello de Holanda, puntiagudo, almidonado, abierto por delante. Viste sobre el jubón de mangas lisas un coletillo de ante, abrochado por botones, enlazados en cordones de seda. La constitución es recia, firme, fuerte toda, confirmando la observación que hizo en Roma el polígrafo Pedro del Valle («alta y recia de talle, de apariencia más bien masculina, no tiene más pecho que una niña. No es muy fea, pero bastante ajada por los años»), pero en forma alguna da la impresión del virago. Si acaso, la del hombre joven, en la plenitud de la vida —treinta y cinco años—, lo que explica la relativa facilidad con que engañó a todos haciéndose pasar por varón, y hace comprensible la seducción que, hasta involuntariamente, ejerció sobre no

pocas mujeres». La heroína de la batalla de Valdivia sedujo también con su figura y sus fantásticas aventuras, al famoso dramaturgo Pérez de Montalván, que le dedicó una de sus mejores piezas teatrales.

Al fin zarpó la escuadra de Echezarreta, que llevaba a Catalina como alferez, pero ésta ya no se llama don Alonso Díaz, sino don Antonio de Erauzo, pues el Consejo de Indias había resuelto favorablemente, durante la estancia de la interesada en Italia, la petición que en tal sentido incluyó en su Memorial entregado al monarca. Tan pronto como llega a la Nueva España se retira del servicio militar, con una pensión de quinientos pesos anuales, y se dedica al comercio. Organiza un servicio de transporte de viajeros y mercancías desde Veracruz a la capital azteca con una excelente tropa de recueros de mulas poco a poco más numerosa, por ella capitaneada, figurando, naturalmente, con el nombre de don Antonio de Erauzo. Se puso de acuerdo con el alguacil de contratación de Sevilla, Domingo de Urbina, tanto para el envío a España de metales nobles y valiosos productos tropicales, como para la recepción de mercurio, tan necesario en las minas, y algunas manufacturas hispanas. Al comienzo hacía casi todos los viajes con sus arrieros, pero algún tiempo después fue dejando que sus subalternos corrieran con el negocio, por lo que no iba de la capital a la costa y viceversa más que cuando viajaba alguna persona de pro o era transportado encargo importante, lo que no quiere decir que doña Catalina dejase de percibir crecidos beneficios. Encontrándose en Veracruz recibió aviso para acompañar a una dama que, procedente de España, iba a México para contraer matrimonio con un joven rico que aguardaba impaciente su llegada. No se conoce lo que aconteció en el camino, sino que don Antonio de Erauzo, antiguo alferez de su Católica Majestad y a la sazón comerciante acomodado del Virreinato, simpatizó con la joven viajera. Enterado el señorón de aquella amistad, se opuso a que continuara tan pronto como, llegada la novia, contrajo con ella el vínculo matrimonial, por lo cual prohibió a sus criados permitieran a la «monja alferez» que pasase los umbrales de su residencia. Mucho extrañó, naturalmente, a doña Catalina, al llegar a la puerta de su nueva amiga, ser recibida hoscamente por el cancerbero, quien le comunicó las terminantes órdenes recibidas. De aquí que, en extremo disgustada, tornase a su casa donde redactó una breve epístola dirigida al necio recién casado en los siguientes términos: «Cuando las personas de mi calidad entran en una casa, con su nobleza tienen asegurada la fidelidad del buen trato, y no habiendo el mío excedido de los límites que piden las partes de su merced, es descontumbramiento el impedirme entrar en su casa, además que me han certificado que si por su calle paso me ha de dar la muer-

te. Y así yo, aunque mujer, pareciéndole imposible a mi valor, para que vea mis bazarrias y consiga lo que blasona, aguardo sola, detrás de San Diego, desde la una hasta las seis.—Doña Catalina de Erauzo».

Cumplíase en ella, como se ve, aquello de «Genio y figura...», los cuales perduraban indecades en grado tal que a su casi medio siglo de vida surgían, cuando para ello había razón, de la misma forma que cuando era veinteañera. Murió en la ciudad de Cuitxla, del hoy estado de Oaxaca, en 1640, a los cuarenta y ocho años. Acerca de su terreno fenecer —al igual que de tantos otros momentos de su vida— se han urdido infundios e inexactitudes, lo cual tanto es de lamentar aparezcan consignados hasta en grandes enciclopedias tratándose de figura tan excepcionalmente original y representativa. De ella se ha dicho que su mejor elogio, capaz de borrar todas las impugnaciones posibles, es considerar que, combatiendo al lado de hombres como los conquistadores españoles, nadie la descubrió mujer, y como un héroe homérico, recompensado por los dioses, fue ascendida sobre el mismo campo de batalla.



SONETO

Sonetos del amor humano

Un triunvirato tricotómico

A las ruinas de Cáparra

Aquí, las rotas piedras que cobijan
vanos recuerdos de imperial tutela,
los arcos que en maltrecha centinela
vahos de tiempo en sus dovelas fijan.

Sin curtidas legiones que dirijan
triumfales marchas de sangrienta estela,
sin humano trajín, sin culta vela,
la gloria y la ilusión se desvencijan.

(Mérida, Salamanca... Y en la ruta,
lucida Cáparra, a las dos permuta,
y a compás del Ambroz briza tal suerte).

Aquí fue la que ahora es fama inerte,
sin odio y sin amor, sin flor ni fruta...
¡Aquí «fue» Cáparra! (Y aquí «es» la muerte...)

FERNANDO BRAVO Y BRAVO